

COSAS DEL CAMPO

IGNORO absolutamente qué es lo que está ocurriendo con la cuestión avícola; no tengo de ella más referencias que las que me sirve la prensa, que resulta una fuente de información, a menudo demasiado oficiosa, a través de la cual uno no ve el fondo del problema, sino su trámite en los despachos. A veces trasciende de las noticias algún dato singular, que huele ya a calle y a mercado. Así, por ejemplo, lo que ocurrió en Valladolid hace unos días: dos granjeros pararon su "jeep" en el mercado y, en pleno paseo de Zorrilla, uno de ellos vendió huevos a una peseta la docena y el otro, más expeditivo, los regaló; regaló quinientas docenas de huevos frescos por el gusto de hacerlos, pues, según aclaró más tarde, le resultaba eso más económico que venderlos a los precios del mercado, que según parece, al nivel de las cinco a quince pesetas a que han de cederlos los agricultores, resultan francamente ruinosos. La Hermandad Sindical Agraria de Labradores y Ganaderos está realizando gestiones cerca de la Comisaría General de Abastecimientos para paliar la catastrófica situación del mercado. A través de la prensa, en la oficiosa de la reseña, en la multiplicidad de visiteos y notas, se advierte un clima de inquietud.

Se nos escapa, francamente, el sentido económico y social que tenga este sorprendente episodio de nuestro Plan de Desarrollo. Legos por completo en la materia, no acertamos, en principio, a descubrir cuáles sean las razones que convierten la baja de precio de los huevos en una catástrofe. Sospechamos que, en cierto modo, así debe ser para el extenso y honesto gremio de los avicultores y granjeros que han modernizado sus granjas o que han desarrollado un negocio con la genética apicular sin sospechar las consecuencias de una superproducción y sin tener en cuenta el volumen de tortilla de patatas que corresponde per capita al español de hoy. Pero en líneas generales, y sin entrar en las raíces del problema, a cualquiera le parece que el problema consistiría en todo lo contrario. En tiempos de escasez y de hambre, asolados los gallineros y mustiado el patrimonio avícola, un huevo era un pequeño tesoro. Esos huevos de sobra, ¿no serían útiles en otra parte del globo? Sin entrar en los recovecos de la economía dirigida, en sus efectos simplemente psicológicos, el excedente de los huevos o la baja vertical de sus precios en el mercado nos induce a creer que todo lo que ocurre es lo contrario de una catástrofe social. A cuantos más huevos frescos disponibles, menos hambre: ésta es la síntesis aparente que el problema ofrece al vulgo que somos.

Pero el fondo de la cuestión probablemente es otro y merece otro tratamiento. También la prensa, en otro lugar, nos facilita algunos antecedentes que considerar. En Bristol, Inglaterra, se ha producido una ruidosa manifestación con pancartas, encabezada por el reverendo anglicano K. R. Pilcher, en señal de protesta por las "cruelas condiciones" a que se tiene sometidas a las gallinas para que pongan más huevos. "Deben de prohibirse las ponedoras artificiales" o "¡Abajo con los sistemas mecánicos y eléctricos que desvirtúan a las gallinas!", "¡Fuera los campos de concentración gallináceos!", tales eran los enunciados de las pancartas subversivas. Las protestas iban dirigidas principalmente contra un granjero de las cercanías de Bristol, llamado Peter Hewings, que, por modernísimos sistemas, había conseguido extraer de sus gallinas un promedio de seis mil huevos semanales. "Usted tiene centenares de gallinas que deberían estar en los campos, en vez de en las ponedoras mecánicas. Lo que hace con las gallinas es muy cruel", apostrofaba el reverendo al apabullado granjero.

Lo que aquí resulta un problema limitado al producto, que es el huevo, símbolo de la parca, allí se constituía en un problema ético respecto al productor —o la productora—, que es la gallina. El matiz no es suficiente para discriminar tampoco la raíz de ambos fenómenos. En todo el mundo, la gallina de los huevos de oro, ideal de otros tiempos, se va convirtiendo en la ponedora mecánica de los huevos de calderilla. El reverendo Pilcher tiene una parte elemental de razón cuando afirma que las gallinas deberían estar en los campos.

Recordamos a menudo aquella frase de cierto comensal, tipo orondo de la belle époque, habituado a los resopones nocturnos de casino, que, por un azar, volvió, una noche, de pasar una jornada en el campo: "El campo, ¡qué asco! —comentaba—. Los pollos corren crudos...". No hay duda, sin embargo, que los pollos que corrian crudos en aquel tiempo, picoteando en los desniveles cereales o correteando por las inmundicias del corral, eran mucho más sabrosos y apetitosos que los de ahora, muchos de los cuales son echados en racimos en inmensas máquinas trituradoras y alquimistas que los convierten en potvillo de puré, para ser expedido luego en sobres con una mezcla decorativa y alimenticia de zanahoria y guisante. ¡Pobre especie animal, obligada a "poner" por encima de la velocidad del sonido y luego convertida mecánicamente en sémola!

No es el problema del huevo el que debiera plantear —y plantearse— los dignos elementos de la Hermandad Sindical Agraria de Labradores y Ganaderos, sino el problema de la gallina. No todo está perdido en este terreno en nuestra época. En Moscú acaba de abrirse en esta semana la gran exposición agrícola británica. Según nuestras noticias, las mayores esperanzas de los expositores se cifraban en la maquinaria presentada, esas máquinas de exprimir huevos a las gallinas que parecen tan a tono con nuestra época industrializada. Pues bien, la mayor atención de los moscovitas la han provocado los pavos congelados. Un corresponsal escribe que esas aves, algunas de las cuales pesan hasta veintiocho kilos, sin incluir la costra de hielo, despiertan tanta admiración que el público pide pluma a los criadores para guardarla como recuerdo. A la antigua cuestión de quién fue primero, si el huevo o la gallina, responde la humanidad, aun la de los meridanos más alejados, que primero fue, sin duda, la gallina.

Si es así, la gallina debe ser mimada y elevada en el campo y sólo "ayudada" a poner, pero nunca exprimida hasta extremos que luego obliguen, en las calles y mercados de la ciudad, a regar sus frutos. ¿Por qué no se sigue en ello, aunque no sea en los términos éticos y puritanos del reverendo de Bristol, un principio de precaución comiserativa? Al tiempo en que se cierra para las gallinas, numeradas y enclaustradas desde su juventud, el campo, se abre para otras especies que son sólo ornato o alevoso solar, de escaso rendimiento público. Nos dicen que ciertos arrendatarios de cotos de caza están al tanto de repoblar periódicamente las zonas más mediocres de la cinegética nacional con especies nuevas, que vivan allí libremente hasta que ellos lleguen con sus escopetas. Hay numerosos ayuntamientos rurales en España cuyo presupuesto —infimo, claro está— queda cubierto por los ingresos que les produce la cinegética. Tal es el caso, en la Alcarria, con la perdiz roja; o con la codorniz en los términos de Atienza o Sigüenza. Pues bien: se van a lanzar ahora, en los términos de Sacedorbo y Canales del Ducado, un millar de faisanes de ocho semanas de edad, para que luego se extiendan por toda la comarca ribereña del Tajo. Y en Brihuega se dio suelta y libertad, hace unos meses, a un conjunto semejante de piezas de una especie nueva, la codorniz americana, de vuelo rápido y fuerte, brusco e intrépido, para que sea más difícil de cazar. Si ello es así, ¿por qué no dar suelta a las gallinas, especie útil y bondadosa cuyo único defecto es dejarse atrapar?

Dejemos que el mundo marche según sus módulos, pero no nos quejemos luego de que los huevos andan por los suelos. ¿No existiría un término medio entre el faisán hermoso y la modesta gallina de corral? La protección a la caza debiera, quizá, empezar en ciertos complejos industriales, en las granjas de exagerada productividad. No vale proteger simplemente a los animales del campo porque sí, si antes no se protege, en cierto modo, a la humilde gallina. Porque —y ello para terminar— en esta misma semana ha ocurrido, en Oviedo, un singular suceso: en los montes de Pajares, a cuatro horas de camino aproximadamente de Pola de Lena —eras cuatro horas de camino que aún existen en España por un atavismo itinerante o informativo—, un pastor, al entrar en su cabaña, encontró a un esbardo, al que al principio confundió con un tejón. Resultó ser un osesmo, cuya madre, al poco, intentó recuperar. El pobre pastor atrancó la puerta y tuco que estar así forcejeando durante más de dos horas. Los osos entran en las aldeas, pero las gallinas no pueden entrar. Está prohibido matar osos, pero no está prohibido aniquilar gallinas. En ciertas regiones, cuando un campesino mata a un oso tiene que pasar por un sinnúmero de averiguaciones oficiales, como si se tratara de un crimen. Entre tanto, los pollos ya no corren crudos por el campo español.